

AL POETA CHILENO ENRIQUE LIHN ESTA MUSIQUILLA DE LAS POBRES ESFERAS

Autor: ALFREDO VEIRAVÉ

Enrique, no nos conocimos salvo esa mención tuya a través de

Kandinsky 1904 que son años anteriores a los nuestros: una epifanía del tiempo en este siglo XX cuyo fin no tendrá

otros versos tuyos sonando como flautas de una orquesta de cristal

en la poesía de Chile y de otros países o ciudades como Iowa que

visitamos en distintas fechas,

esta es propuesta de tu respiración

ahora interrumpida

incapaz de atravesar los espejos empañados.

En 1929 éramos casi contemporáneos y París estaba lejos de nuestros nacimientos, nuestros segundos nacimientos

que se dieron en el cuerpo de la poesía

lejos de los cargos universitarios y de la Escuela de Bellas Artes;

quizá ninguno pensaba que tendríamos que

ponernos los anteojos

para escribir los textos

apócrifos y los textos inventados
al correr de la máquina: tú eras Batman y yo
Superman.
Entonces los sonetos eran como formas de los
endecasílabos que
sonaban en los oídos de la música
para hacernos reconocer frente a los oídos sordos de
los
inevitables dictadores latinoamericanos,
oprimiendo
sin duda,
la constelación de palabras que
dudábamos pudieran ser escuchadas
por los compatriotas y los vecinos.

La relación de unas cosas con otras, constituían el
margen de la
marginalidad donde vivimos hasta ahora y para
siempre,
pero la verdad, Enrique me hubiera gustado
conversar
bajo la sombra de la alameda
de los delicados fantasmas que perseguíamos
cuando sabíamos de la teatralidad del poema
en las cámaras de tortura o en la fatiga
del kitsch.

Así pasó tu tiempo para nosotros y así nos vamos
llenando de

muertes como la tuya.

Y aquí no caben los géneros del humor

cuando los cuerpos flotan a la deriva en un Ganges

inmenso de eternidades

y los poemas siguen siendo

disparos en la oscuridad contra la muerte.